

Encontré el libro de familia en el segundo cajón de su cómoda. En él descubrí a los otros. A los que nacieron antes, de ese otro marido. Eran tres. Dos niños y una niña. La niña se llamaba como yo. Ángela. También guardaba una foto de los cinco, en blanco y negro. Y nada más.

Hurgué en su joyero. En su mesilla de noche. En su armario. Luego, me dejé caer sobre su cama y lloré, invadida por una pena absurda, casi de mentira, que pronto fue rabia. Porque, de repente, la única razón que justificaba mi existencia eran ellos. Lloré así, sin más, por esos niños muertos, aferrada a esa colcha de ganchillo beige, que se me antojó, de pronto, lo único real de mi vida pasada.

Y así se me fue la tarde. Llorando. Por ellos, pequeños fantasmas. Por mi madre, que también fue otra. Por esta vida mía, tan inútil, tan contaminada. Tan de segunda mano.